

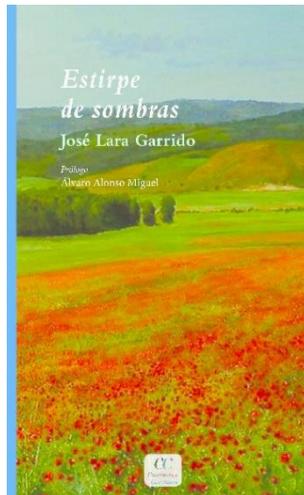
José Lara Garrido, *Estirpe de sombras*, Moalde (Pontevedra), Cancioneros Castellanos, 2020 (colección “Una promesa de morir amando”), 72 págs.



Esta reseña está sujeta a una [licencia “Creative Commons Reconocimiento-No Comercial” \(CC-BY-NC\)](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

DOI: <https://doi.org/10.24197/cel.12.2021.LXI-LXIV>.

ESTIRPE DE SOMBRAS
O LA ENUNCIACIÓN COMO LUZ



Ampliamente reconocido por su trayectoria investigadora y por sus estudios en el ámbito del Siglo de Oro español, José Lara Garrido también ha cultivado la poesía, siendo autor de varios libros de poemas, entre los que podrían destacarse *Cancionero del amor frutivo*, *Por que la nieve se goce o Rompientes de ausencia*. *Estirpe de sombras*, libro sobre el que tratará esta reseña, supone su sexto poemario publicado. Y, como es ya habitual, la preparación definitiva del texto ha quedado a cargo de su discípulo, Pedro J. Plaza González. Con un prólogo firmado por el también investigador Álvaro Alonso Miguel, este cancionero consta de veintiún poemas en los que predomina el uso del verso blanco, aunque también pueden encontrarse formas clásicas como el soneto e, incluso, la sextina provenzal. Este cambio respecto a otros poemarios anteriores se debe, tal y como señala Alonso Miguel, a la naturaleza más personal y autobiográfica del libro en cuestión, que destaca por una narratividad no siempre compatible con los esquemas métricos más rígidos.

Estamos ante un libro de poemas arraigado en el recuerdo, en la infancia rural del autor en Archidona (Málaga), junto a sus abuelos, personajes que gozan de un lugar privilegiado dentro de la obra. En ese sentido, la sextina antes mencionada, poema que ocupa el cuarto lugar en la antología, puede leerse como un avance de los grandes temas y elementos que componen el poemario. La estructura de esta composición poética se basa en el uso a final de verso de seis palabras-rima que, cambiando de posición, se repiten a lo largo de seis estrofas y se reagrupan en un terceto final, llamado envío. Siendo esto así, podría decirse que las palabras escogidas por Lara Garrido para cerrar sus versos (*casa, abuelos, niño, memoria, lejos y goce*) remiten al carácter íntimo y biográfico del libro previamente señalado, cualidad que se acentúa por la recurrencia a la que son sometidos los conceptos por la propia forma poética: “Qué exacto el recorrido por la casa / que fue la plenitud: con los abuelos / maternos las imágenes del niño / reveladas por ecos de memoria / intermitente, que relievra en lejos / los días y las horas para el goce” (p. 26).

De este modo, el autor introduce elementos que estarán presentes en otros poemas, como la naturaleza lejana pero terapéutica del recuerdo, o la casa en la que vivió con sus abuelos, que actúa como telón de fondo de la infancia, y cuya pérdida se evoca en el poema 5: “La casa ya no es nuestra / desde hace años, dentro / habitan galerías de pesares / y pesan galerías de silencios” (p. 28). Todo lo que se nombra, desde los espacios y estancias de la casa, los olores y las texturas, hasta las plantas, los bancales y las acequias que conforman la huerta familiar, actúa como un “asidero de la memoria” (p. 22) que hace de la escritura del poema un proceso de evocación constante: “Pura felicidad transida y honda, / casa de los amores y recuerdos / que me siguen naciendo, / que se agolpan / en las líneas que escribo, / en cuantos versos / son palabras que anclan lejanías” (p. 25). La palabra escrita conforma así un andamiaje de sentido que permite al yo poético aprehender el recuerdo de su niñez. La acumulación a lo largo del cancionero de léxico rural (*malvarrubia, lechitrezna, semoviente*), de regionalismos (*polvillar, surcaño, charrúa*) y de tecnicismos del ámbito agrícola (*binar, aceña, almocafre*) obedece a ese mismo propósito, ya que funciona como una suerte de catalizador del propio recuerdo, redimensionando los preceptos heredados de *Las cosas del campo*, de José Antonio Muñoz Rojas. De igual forma, las constantes alusiones a lo sensorial remiten, en cierta manera, a Proust: “Del olor de membrillos surge el niño / o el zumo de granadas, su memoria / de paredes y puertas que con lejos / evocan geometrías para el goce” (p. 26).

Estamos, por tanto, ante textos dotados de una fuerte oralidad, en los que se reivindica lo popular como lugar común de todo lo recordado. Son varios los

poemas, como el 17 y el 19, en los que se hace referencia a la conservación del folclore y a la tradición a través de las historias transmitidas de voz a voz, en particular gracias a las figuras del abuelo y el tío, el chacho viejo. De hecho, el poema número 20, penúltimo del libro, puede leerse como un canto a las virtudes del abuelo del poeta, entre las que se destaca la preservación de una cultura oral que, de algún modo, pervive en él: “Muchas generaciones ya cantaron / las historias más vivas y remotas, / componiendo el legado centenario / que el abuelo mimaba en sus adentros / como un río fecundo [...]” (p. 59). Por otro lado, dentro de esta raigambre popular podrían incluirse también todos esos elementos propios de la narrativa de aventuras e incluso folletinesca que, de una forma u otra, conforman el imaginario lector del joven Lara Garrido de aquellos años: “Bandos y bandas, cartas, desafueros, / novias en el altar, duelos, venenos, / juramentos, renunciadas, bandoleros, // cruces, caminos de venganzas llenos... / Historias mil de hombres siempre enteros: / turbios demonios o ángeles serenos” (p. 57).

Además de la literatura y la tradición popular, cabe destacar el legado individual que deja cada persona de su infancia, como parte de esa educación sentimental a través del amor, “como solo conocen quienes hayan / tenido el privilegio / de nacer y crecer y ser queridos / con todo el corazón libre de miedos” (p. 23). El yo poético, pues, solo puede manifestar gratitud por todo lo asimilado: desde las formas de ver la vida de su abuelo y su tío, antagónicas pero igualmente complementarias e inspiradoras (“[...] los dos modos de cultura humana / que siguen habitándome” [p. 54]), hasta “[...] el respeto hacia la vida / y el entusiasmo eterno / por la fragilidad del ser más débil” (p. 37), inculcados por su abuela a través de sus cotidianas muestras de bondad. Por todo ello, la escritura supone no solo un ejercicio de memoria, sino también de agradecimiento. La depuración y estilización del lenguaje, cualidad inherente de la poesía, constituye un acto de amor hacia aquellos que lo educaron en valores e hicieron posible el descubrimiento de su vocación literaria, tal y como se aprecia en el último poema del libro, “Hoy has venido a mí con veste blanca”: “Música blanca para ti, la diosa / que acarició los bucles y me impuso / por lengua la que hablo y no rehúso / de hacerla para ti aún más preciosa // [...] // Música de palabras que levanto / como un concierto de violines hondos / para ti, sombra amada sin contornos, / blanca abuela del sueño sin espanto” (p. 67). La palabra poética es, a fin de cuentas, la forma más alta de la que dispone el poeta para rendir homenaje a los que ya no están, para hacerlos presentes de nuevo, además de su única arma para combatir el olvido y eternizar su recuerdo.

Este solemne planto dedicado a la abuela fallecida, madre de la madre, pone sobre la mesa otra de las características del poemario: su tono elegíaco. Y

es que, a pesar de las entrañables estampas familiares y del placer o regocijo que trae consigo el recuerdo evocado, son muchos los momentos en los que a la luminosidad de la infancia y a la seguridad del hogar se opone el retrato de un mundo hostil, como muy bien apunta Alonso Miguel en su prólogo. El duelo por la muerte “del tío al que la guerra / vistió como un guerrero” (p. 30), evocado en el sexto poema, o la irrupción en el paraíso familiar de la mujer de otro de sus tíos, “poderosa maestra / en el manejo en vilo de los hombres” (p. 38), a la que se hace referencia en el décimo, son algunas de las sombras que nublan esa edad del descubrimiento que es la infancia. Si en el primer caso el recuerdo hiere por su persistencia, por ese muerto al que nunca se entierra, en el segundo son los actos de la persona evocada (el apoderarse de la casa familiar expulsando de ella a su suegra, abuela del poeta) los que duele recordar. De ahí que el yo poético no quiera profundizar en ello y opte por advertir al lector de los peligros que entrañan ese tipo de personas: “No quiero dar detalles del horrendo / crimen de la expulsión, solo quisiera / alertar del poder aletargado / de quien maneja su hermosura fiera / y tiene un corazón hecho de lodo / y esculpido en metal de fuego y piedra” (p. 39).

Junto a las vidas de esos familiares que conforman la particular estirpe con la que José Lara Garrido da nombre a su antología, algunos poemas también se hacen eco de las vivencias de otros personajes, como el chamarilero, cuya hija murió envenenada; el misterioso y melancólico vecino del poema 7 o los labriegos que vuelven a sus casas con el fin de la jornada. Lejos de centrarse en los grandes nombres de la historia, Lara Garrido se interesa por las historias que transcurrieron ajenas a la gloria y que precisan ser rescatadas del olvido, como plantea en el soneto inaugural del libro. *Estirpe de sombras* es, por todo ello, una obra que reflexiona sobre la memoria y las sombras que la habitan. Un homenaje no a la Historia con mayúsculas, sino a esa otra, la que Unamuno bautizó como *intrahistoria*, “que vive y parpadea en la memoria / y que el tiempo ni apaga ni sepulta” (p. 21).

OIER QUINCOCES BLAS

Universidad del País Vasco (UPV-EHU, España)

quinco001@ikasle.ehu.es